

## Soledad Álvarez Velasco Indagando el tránsito migratorio, las movibilidades y el control en las Américas

Cristen Dávalos\*

pp. 163-172

*Soledad Álvarez Velasco es una de las investigadoras jóvenes más prominentes en los estudios críticos sobre migraciones y fronteras en América Latina. Doctora en Geografía Humana por el King's College de Londres, es profesora-investigadora de los Departamentos de Antropología y Latin American and Latino Studies de la Universidad de Illinois Chicago y ha dictado clases en diferentes universidades en Norteamérica, Ecuador y Alemania. Co-editora del libro «Migraciones», de la Colección Palabras Clave de la Clacso y la UAM, y de varios números especiales, ha publicado en diversas revistas académicas y ha coordinado proyectos de investigación colectivos y transnacionales.*

**Cristen Dávalos:** Soledad, es un gusto contar contigo hoy. El objetivo de esta entrevista es tener un diálogo acerca de tu trabajo, que nos brinde reflexiones que serán integradas al Dossier sobre Migración en la Región Andina, de la revista *Cuadernos de Cendes*. Tu trabajo aborda múltiples temas de investigación en el campo de los estudios migratorios: has estudiado el tránsito, la configuración de corredores migratorios, a la niñez y adolescencia migrante, las políticas migratorias, entre otros temas. Mi primera pregunta es: ¿Cómo te vinculaste con los estudios de la migración y cómo han ido evolucionando tus intereses en este campo? ¿Cómo has ido incorporando nuevas temáticas a medida que cambian las tendencias de la migración en la región?

**Soledad Álvarez Velasco:** Es un gusto para mí compartir esta conversación y me siento honrada de ser entrevistada por el trabajo que he desarrollado. La primera pregunta te la respondería haciendo referencia a dos experiencias. Sin darme cuenta, a mí la migración me llegó de muy niña, a los cuatro años emigré de Ecuador a Brasil cuando mi madre se trasladó por motivos

\* Profesora e investigadora del Instituto de Estudios Avanzados en Desigualdades, Universidad San Francisco de Quito. Dra. en Ciencias Políticas y Geografía Humana, Queen Mary University of London (Reino Unido). Correo-e: cdavalos@usfq.edu.ec

de estudio. Ahora lo comprendo; ese momento marcó mi vida, mi trayectoria personal, y, más tarde, mi trayectoria académica, porque experimenté en carne propia lo que significaba salir del país, aunque eran condiciones muy privilegiadas, pero también comprendí lo que implicaba sumergirse en una lengua que no era la mía, en una cultura distinta a la mía; esto me llevó a aprender un modo de vida nuevo. Estaba lejos de mi padre y de mi familia, crecer con una madre soltera. Luego retornar a un país que tampoco era el mío, mi país de origen se había vuelto también un país que yo desconocía después de cuatro años. Esa experiencia se quedó muy grabada en mí como una impronta que he llevado a lo largo de mi vida.

Como tema de estudio, la migración se vuelve una pregunta de investigación para mí a partir de los años dos mil, cuando terminé de estudiar sociología en la Universidad San Francisco de Quito. Mi primer trabajo fue con la Fundación Esquel. Ahí trabajaba en nueve parroquias suburbanas de Quito, entre otras, Calderón. Fue la primera vez que, por el trabajo que hacía, me pude sumergir en la dinámica cotidiana de Calderón. Curiosamente, una de las dinámicas más importantes era la transformación de una de sus escuelas debido a la salida de los padres a España, pero también a Estados Unidos. Ahí la migración se volvió, no un tema ajeno, sino un tema de trabajo que de manera indirecta me conectaba con mi propia historia. Creo que fue entonces cuando me volví consciente de lo que significa vivir en un país migrante. A pesar de haber crecido desde los 8 años en Ecuador, en mi educación primaria, secundaria e incluso universitaria no nos daban clases sobre migración, pese a que Ecuador es un país cuya historia es incomprendible sin las migraciones internas y transnacionales.

Entonces, ha sido una constelación de situaciones, por un lado, personales y, luego, de otras que han marcado el contexto de mi país. Yo crecí en un país migrante y retomo el momento de los años 2000. Lo que tú, Cristen, investigabas en tu trabajo doctoral, yo lo vivía desde el lado del Ecuador. La salida, el drama de los migrantes que se van (así lo presentaban en la televisión), el aeropuerto Mariscal Sucre, la valla del aeropuerto. Esto conectado con esa primera experiencia de campo en Calderón. En ese momento me acuerdo que uno de los hechos clarísimos, que luego se materializó en un escrito que hice, fue cómo los niños de San Francisco de Oyacoto, comuna rural cercana a Calderón, crecían con madres y padres que estaban en España y Estados Unidos.

Esta pregunta me llevó a las dos grandes líneas de investigación que he desarrollado. Por un lado, qué le pasa a la niñez que se queda en el país, porque me parecía alucinante cómo ellos, a pesar de estar a la distancia, seguían enfrentando su vida cotidiana, creciendo sin la presencia de sus padres y madres. Dos, cómo imaginaban ese lugar, en ese caso era Madrid o Nueva York, y cómo sus padres estando presentes de una manera muy extraña les «jalaban» para que ellos quisieran migrar. Por otro lado, en esa misma inmersión en Oyacoto se asentó en mí una pregunta que me ha acompañado en mi trabajo de investigación: ¿cómo llegan los ecuatorianos a los destinos migratorios a los que van? Así fue cuando, en mis estudios de maestría en México, quise entender más de la llegada de ecuatorianos, a pesar de los diversos obstáculos del camino hacia los dos destinos más frecuentes.

Así llegué al segundo tema que me ha ido acompañando a lo largo de mi trabajo de investigación, que, por un lado, consiste en entender los tránsitos migratorios y la complejidad del tránsito y de las transformaciones espaciales que produce este. Y, por otro lado, cómo la niñez y adolescencia migrante y las familias ahora ha evolucionado en medio de nuevas formas de movilidad. Ya no son sólo padres y madres, sino que se ha *familiarizado* la migración. Entonces, me ha interesado seguirle la pista a un fenómeno que es complejísimo; cómo llega la gente a los lugares de destino, que entrañan muchísimos niveles de preguntas de migración y complejidades.

**CD:** Muchas gracias Soledad por ese repaso tanto personal como profesional de tu trayectoria. Ya introdujiste el tema de corredores migratorios, que es hacia donde va dirigida mi segunda pregunta: una constante en tus investigaciones es incluir a migrantes de diferentes nacionalidades en su tránsito por diferentes corredores migratorios: venezolanos, colombianos, ecuatorianos, caribeños. Esto es muy enriquecedor ya que nos ayuda a entender el dinamismo regional, que, como decías, es parte de nuestra historia nacional y regional. Pero, quisiera preguntarte: ¿Esto es una decisión metodológica? ¿Qué implicaciones tiene no centrarse en un grupo nacional específico? Y, junto a ello, ¿Qué aportes puede tener en el contexto actual en América del Sur, con la dimensión sin precedentes que ha adquirido el éxodo venezolano?

**SA:** Es una gran pregunta y te voy a contestar, otra vez, con una experiencia personal. La investigación solo se explica desde nuestras propias biografías. Cuando fui a México a hacer mi maestría, mi idea era comprender cómo los ecuatorianos transitaban por la frontera sur de México

y acababa de suceder un hecho durísimo: un barco, con aproximadamente 300 ecuatorianos, se había hundido cerca de la parte costera de Oaxaca. Las escenas que se mostraban en la prensa local eran tremendas, el tema de los migrantes ecuatorianos estaba en la boca de todos en la zona sur de México. Al llegar, obviamente, nunca encontré a los ecuatorianos, porque la gente no va con una bandera identificándose como tales y mostrando la zona de tránsito. Al llegar a Tapachula, la ciudad fronteriza más grande, mi primer encuentro fue con dos migrantes de Eritrea, que esperaban en el parque central para transitar. A los ecuatorianos los encontré, en mi trabajo de campo, posiblemente al quinto mes. Entonces me di cuenta que si quería entender el fenómeno del tránsito lo que tenía que hacer era superar el nacionalismo metodológico.

Mi pregunta no era realmente sobre la afectación a los ecuatorianos de A o B forma, sino a estos sujetos transnacionales, *racializados*, de distintas condiciones socioeconómicas, diferentes géneros y edades; cómo esos sujetos tan diversos estaban afectados por múltiples violencias. En última instancia, en el tránsito, la nacionalidad les puede abrir o cerrar ciertas puertas, pero lo que importa es entender cómo esos sujetos históricos estaban siendo violentados de múltiples maneras. Llegué a un tema que me exigía enfocarme, primero, en los sujetos migrantes y, después, en las políticas de control. Primero iba la potencia y fuerza de ellos en movimiento y, más tarde, iban evolucionando las políticas de control en el sur de México para intentar detenerlos. Yo llegué a los temas de los corredores migratorios, al principio, siguiendo una ruta clandestina que conecta a Tapachula con Arriaga, en el sur de México. Fue mi primera exploración espacial al tránsito, para poder entender cómo ese movimiento, irregularizado y por rutas clandestinas, va abriendo otros caminos. En ese momento hice una investigación que me exigió abrir la mirada más allá de la nacionalidad. Era imposible comprender la dinámica de la frontera si solo consideraba a los ecuatorianos, ahí había gente que llegaba de muy diversos países. Los estudios migratorios nos tienden a jalar al nacionalismo metodológico que tanto cuestionamos y, para mí, es muy paradójico, porque los migrantes van en ruta entre múltiples nacionalidades y de forma colectiva. Esa forma de analizar es un legado que los migrantes nos dejan a los investigadores e investigadoras, y que nos cuesta mucho entender, hay que ir más allá de lo nacional, y, sobre todo, generar estudios colectivos, para entender esta complejidad.

En mi trabajo doctoral decidí ampliar la escala de análisis y ya no centrarme en una nacionalidad, sino, hacer una inversión al análisis. Mi foco fue un espacio nacional, Ecuador, pero cómo Ecuador se volvía un lugar de conexión global para múltiples nacionalidades. Y desde ahí, esa es la pregunta que sigo ahondando: cómo Ecuador, y la región andina (Ecuador, Colombia, Venezuela, Perú, estas espacialidades que antes de la colonia no tenían fronteras y que, desde entonces, tienen una impronta de movilidad), se vuelven hoy un conector de flujo migratorios al Norte Global, que es el histórico destino desde los años setenta, pero también al sur, al Cono Sur y al Caribe.

Se debe tomar en cuenta la migración Sur-Sur, que casi siempre se nos queda por fuera, el Caribe queda fuera del imaginario. Necesitamos una mirada regional, transnacional y en movimiento. *En movimiento* supone entender que en las movilidades hay también inmovilidades, tiempo de travesía, tránsitos y tiempos de espera. En esa dialéctica de la movilidad y la inmovilidad, se entiende entonces cómo desde la región andina, la migración, con una fuerza gigantesca a partir del siglo XXI y, sin lugar a dudas, durante la pandemia y ahora, está reconfigurando y trastocando las dinámicas fronterizas en todo el continente. En particular en la zona que conecta al Darién con el Caribe, al Darién con Sudamérica y con Centroamérica. Es verdad que el éxodo venezolano es una impronta para entender esto, porque son 7 millones de personas, adultos, menores de edad, mujeres, hombres, con diversidad sexo genérica, de distintas clases, y son, sobre todo, las clases más empobrecidas las que transitan por esos corredores migratorios; pero esa oleada venezolana no es la única. Hace poco conversé con uno de los funcionarios de Codes, la Organización Colombiana de Derechos Humanos, la histórica, que ahora tiene foco de análisis en movilidad, dado la cantidad de migrantes que transitan el Darién. Este me decía que hay que «desvenezolanizar» el fenómeno migratorio. No solo se trata de venezolanos que migran por diversos espacios. Efectivamente es un fenómeno que nos abre la mirada a dinámicas que ya estaban en el continente antes, que intensifica las dinámicas de movilidad y control, pero sobre todo nos supone un desafío histórico: qué hacer frente a los flujos Sur-Sur que se han repotenciado en la última década por varias razones. Por supuesto, la desigualdad estructural y el avance de la pobreza son hechos influyentes, y el incremento del crimen organizado como un detonante que expulsa, que pone por delante la seguridad vital de la gente, y que los lleva a salir.

**CD:** Otro aporte de tu parte, que quería enfatizar, es el cuestionar el lenguaje y los conceptos. En tus trabajos usas constantemente la expresión «migrantes irregularizados» en lugar de migrantes «irregulares» o «en situación irregular», que es común en otros estudios. En el texto *New Keywords*<sup>2</sup> publicado en 2016, escrito por un reconocido colectivo de académicos en el que participaste, se presenta una crítica de ciertos términos convertidos en lugares comunes al hablar de migraciones en Europa, como el de «crisis migratoria», ahora tan difundido en América Latina. Con base en tu experiencia y para nuevos investigadores que empiezan a incursionar en campo, ¿por qué es importante adoptar una postura crítica sobre el lenguaje que usamos cuando nos referimos al movimiento de personas?

**SA:** Quienes nos hemos formado con la crítica de Foucault, sabemos que el lenguaje es una de las formas en las que se materializa el poder. La manera en la que hablamos, la manera en la que escribimos y nos disciplinan las distintas áreas del conocimiento, nuestra forma de escribir y de expresarnos y etiquetar las distintas categorías del mundo es la manera en la que el poder ejerce un dominio sobre distintas poblaciones. Una de las formas en las que debemos asumir, como arma de combate, el lenguaje oral y escrito, es repensar las políticas que están detrás de las etiquetas. Cómo los conceptos y categorías no son naturales, es decir, hay una construcción histórica y política de los términos y cómo los *keywords* del habla cotidiana van penetrando el sentido común y transforman cómo entendemos los conflictos sociales y los sujetos que encarnan las problemáticas, en este caso, las migraciones.

Mi concientización del lenguaje y la necesidad de adoptar nuevos términos viene como consecuencia de mi formación doctoral y de mis diálogos con académicos como Nicholas De Genova, Sandro Mezzadra, Martina Tazzioli, gente con quien convergimos en Londres, donde se hacen publicaciones en un momento de auge de una corriente teórica crítica en los estudios migratorios, que es «la autonomía de las migraciones». Surge en el contexto europeo con el ánimo de dismantelar los aparatajes del lenguaje que cancelan la capacidad de crítica frente a la realidad. Por un lado, especulan y *espectacularizan* la crisis de las fronteras sin permitirnos preguntar cuáles son sus causas. Por otro lado, desde esa corriente crítica, se retoma sobre todo un legado marxista, muy importante, que es poner por delante el trabajo

<sup>2</sup> Nicholas De Genova, Martina Tazzioli y Soledad Álvarez-Velasco (2016). «Europe/crisis: New keywords of 'the crisis' in and of 'Europe'». *Near Futures Online*, 1, 1-16.

vivo, es decir, a la potencia de la creatividad y a la potencia vital de los seres humanos para cambiar el mundo y vivir mejor. Cómo esta fuerza viva está presente en la migración; los migrantes más allá de ser fuerza laboral son trabajo vivo, son seres humanos que, con su movilidad y valentía de transitar para empezar una nueva vida, nos están diciendo muchas cosas. Por un lado, están ejerciendo su derecho de fugarse de condiciones de vida insostenibles, inseguridades existenciales cada vez más complejas. Por otro lado, de manera muy obvia están resistiendo al régimen de control neoliberal contemporáneo, no están haciendo caso a todas las fuerzas de control que pretenden fijarlos en espacios nacionales en los que ya no pueden vivir; por ende, tampoco al aparataje de control estatal que se impone a todos sus cuerpos.

Entonces, usar otros términos supone abrir una discusión sobre las condiciones estructurales que producen las condiciones actuales de las migraciones. El término «migrantes irregularizados» sale de la línea teórica de «autonomía de los migrantes», cuya intención deliberada es desnaturalizar la idea de que los seres humanos son irregulares. Los seres humanos no son irregulares y menos ilegales, sino que hay un sistema que los construye como tales, que los ilegaliza. Por lo tanto, usar el prefijo «ados» pretende llamar la atención de la condicionalidad previa que ha provocado la producción de su irregularidad. Esas condiciones suelen ser las medidas de control migratorio abiertamente selectivas, racistas y excluyentes, que producen la irregularidad y deportabilidad, como muestra Nicolas De Genova. Es un término sencillo que carga una serie de elementos que nos deberían abrir los ojos para entender las estructuras de poder que están por detrás y quiénes usan qué términos. Usualmente el uso de términos entraña políticas que etiquetan las narrativas hegemónicas de las relaciones, que las tienen el Estado y los Organismos Internacionales, que están de acuerdo en mantener un *status quo* en el que miles de seres humanos están excluidos.

El uso de lenguaje no es, ni debe ser neutral, sino crítico y político, para transformar las condiciones tan complejas en las que millones de seres humanos viven ahora y paradójicamente nos sostienen. Estando irregularizados los migrantes trabajan en múltiples economías de las Américas, envían remesas y participan en la agricultura, que mantiene la vida de muchos. Estamos de manera directa e indirecta impactados por el lenguaje opresivo. Su identificación permite juntar fuerzas para provocar potenciales transformaciones.

**CD:** ¿Podrías reflexionar acerca de la agenda de investigaciones que debería desarrollarse a futuro en los estudios migratorios en Ecuador y en América Latina? ¿Qué temas te parecen importantes y poco o nada estudiados hasta ahora? Hay mucho que seguir trabajando y estudiando, pero, si tuvieras que escoger, ¿cuáles serían temas prioritarios?

**SA:** La pandemia marca un punto de inflexión en términos de la intensificación de las movilidades en el mundo, en las Américas, y también, del control. Creo que esa tensión está provocando escenarios insospechados. Si lo conectamos con la primera pregunta de la entrevista, cuando yo empecé a estudiar la migración, a inicios del 2000, era otra la configuración de las dinámicas migratorias.

¿Qué es acuciante entender? En estas dos décadas algo que se ha intensificado en la región es la externalización de la frontera de Estados Unidos, más allá de México, hasta la región andina. Es un tema nodal, el mecanismo de control heterogéneo sucede de manera sutil en algunos lugares y, en otros, más evidente. Va marcando el paso de cómo se transforman las políticas de control regional. A fines de febrero de este año, el Departamento *Homeland Security* de Estados Unidos<sup>3</sup> anunció un nuevo cambio en el sistema de asilo, los migrantes van a tener que aplicar al asilo en los países de tránsito previos a Estados Unidos. Únicamente aquellos aprobados por México pueden aplicar en Norteamérica. El tema de la externalización supone que se están externalizando, no solo el control, sino abierta y deliberadamente, el sistema de asilo. Hay una transformación completa de qué entendemos por asilo, el refugio, como una supuesta garantía de derechos humanos, que se pone en quiebra en este momento. Esa externalización supone que nuevas zonas de confinamiento, espacios de espera extremadamente violentos, se sigan configurando en esos corredores migratorios.

Entonces, un segundo tema es cuestionarse qué está pasando a lo largo de la región con el sistema de asilo y qué va a pasar en esos espacios en los que se configuran campos de refugiados, como los del Norte de México. Un tema evidente dentro de la agenda son los nuevos tránsitos en la región y afuera del continente. Se están dando nuevos corredores dada la complejidad que se da dentro de la región para que la gente pueda tener garantías de vida. Se han formado taponos, como el de Tijuana, que se van a externalizar al Sur.

<sup>3</sup> Departamento de Seguridad Nacional de Estados Unidos.



Esto implica desafíos históricos gigantescos que no habíamos considerado o imaginado.

Un tercer tema, que se nos pasa por delante, es el de los deportados. La ampliación del control conlleva la exacerbación de esta problemática en la región. ¿Qué pasa con los deportados que llega a los países de destino? ¿Qué pasa con los deportados que no se quedan y recomienzan sus tránsitos? ¿Qué pasa en términos sociales con los deportados y las familias que han quedado en el país de origen?

Un cuarto tema cuestiona qué decimos los países de la región frente a la cantidad de migrantes que desaparecen y mueren en los corredores migratorios. Hay un silencio completo sobre esta temática, no sabemos los efectos sociales que se han generado. Conocemos ciertos casos icónicos como cuando murió Noemí, la niña ecuatoriana de 12 años; sin embargo, no conocemos mucho más acerca de esta situación. Lo que sí sabemos es que se están acumulando las pérdidas. Esto tiene impacto en la sociedad latinoamericana, en los niños que crecen huérfanos, en las madres y padres que pierden a sus hijos, en comunidades enteras que se pierden. ¿Cómo se va lidiando con el duelo? Ese es otro tema de análisis.

Finalmente, el tema climático es importante. A través del análisis de los corredores migratorios, he podido entender que esos corredores son espacios esenciales para entender las dinámicas geopolíticas y geoeconómicas. Muchas veces son espacios de extracción minera, petrolera o de palma, en los que el embate del cambio climático está teniendo costos enormes. Como resultado, motiva a los investigadores a juntar miradas que no considerábamos antes para entender a los refugiados climáticos. Estas son las nuevas condiciones en una era de extremos, va de la mano con la dificultad de acceder a bienes y servicios básicos. Para mí es imposible resolver esto si no lo hacemos colectivamente, si no lo hacemos en proyectos en el que varias voces, desde distintos países y distintas disciplinas, podamos juntarnos en una agenda que ojalá no sea solo investigativa, sino que también politice nuestra discusión. Si esto se queda en papel, vamos a atestiguar mayores pérdidas; no podemos ser sólo testigos.

**CD:** Finalmente, sobre el tema de políticas públicas y paradigmas, ¿podrías ampliar tus ideas sobre la politización de la investigación y dar algunas recomendaciones para el cambio?

**SA:** Creo que quisiera cerrar con una reflexión sobre nuestra propia región. Tradicionalmente Latinoamérica se ha posicionado como una región

aperturista y acogedora hacia la población migrante, por su propia historia de haber generado mecanismos regionales de movilidad intrarregional, como el Acuerdo de Cartagena de 1984, sumado a los importantes avances, en papel, de las medidas migratorias progresistas, con el giro al post neoliberalismo. Esto es la base de la política migratoria que queda en proyecto, ya que, en la realidad, no hemos podido construir una arquitectura que proteja a la población migrante en su completitud.

Las políticas migratorias deben ir de la mano con políticas sociales y económicas que sustenten el trabajo digno y las condiciones de vida en lo nacional y en lo externo. Es muy compleja la situación migratoria y las políticas públicas se han quedado caducas: tenemos un marco migratorio que no se ha actualizado desde el foco humanitario, pero si se ha actualizado desde su marco *securitista* de manera acelerada. El caso de Ecuador es paradigmático, desde el gobierno de Lenin Moreno hasta el presente se han firmado con Estados Unidos al menos cuatro o cinco acuerdos sobre seguridad. Implica que nuestro país va a jugar un rol central y clave sobre los flujos de migración. ¿Qué decimos frente a eso? Son preguntas que nos planteamos mientras la arquitectura de la política migratoria está suelta, incluso agonizando. Me parece que hay que proveer de recomendaciones al aparato estatal para que consideren la realidad migratoria.

Es necesario tener una mínima garantía de derechos, pues la situación actual está empujando a que migrantes que han llegado a sus destinos estén siendo expulsados nuevamente por las violencias locales. Es decir, estamos atestiguando personas que han sido doblemente forzados a migrar y solicitar protección internacional.

Entonces, es acuciante el momento actual porque las contradicciones sistémicas se han agudizado. El trabajo que podemos hacer como investigadoras es generar una agenda de investigación y de incidencia. Considero que juntarnos con organizaciones sociales es una urgencia, para que lo que vamos levantando críticamente, alimente las luchas. Nuestra otra trinchera son nuestros estudiantes, son una luz; para mí, si logramos que dos se enganchen con una posible conexión con su propia comunidad, algo ya hicimos.